

UNIFORMES Y EJÉRCITOS MULTINACIONALES EN EL GRAN ASEDIO DE GIBRALTAR (1779-1783)

Ángel J. Sáez Rodríguez / Instituto de Estudios Campogibaltareños

INTRODUCCIÓN

Los ejércitos del siglo XVIII en Europa occidental, aunque notablemente renovados respecto a los usos de la centuria anterior, seguían padeciendo algunos males tradicionales. Destaca entre ellos la dificultad de los diferentes estados para completar las dotaciones de los regimientos requeridos para afrontar los numerosos conflictos bélicos desatados en esta época. El reclutamiento voluntario, fórmula tradicional de buscarse la vida los jóvenes de las capas más desfavorecidas del entramado social, siempre era insuficiente, por lo que el recurso a tropas mercenarias era muy habitual. Estas prácticas se traducían en la composición multinacional de los ejércitos, aunque la procedencia extranjera de las tropas que completaban unos y otros solía ser muy estable. Eran fundamentalmente razones históricas e ideológicas las que justificaban el encuadramiento de italianos, valones, suizos e irlandeses en los ejércitos españoles y de alemanes de Hesse o de Hannover en los británicos.

Pero la procedencia fundamental era la de la propia nación, obviamente. Muchachos pobres, sin posibilidad de ascenso social ni oportunidad de romper los rígidos límites establecidos por los estamentos sociales que ordenaban aquellas sociedades del Antiguo Régimen, veían en la carrera de las armas una posibilidad de tentar a la fortuna, tan esquiva en los oficios civiles tradicionales. Pero las duras condiciones de vida en la milicia, la magra y siempre atrasada soldada, el rigor de las ordenanzas, aplicadas con severidad por cabos y suboficiales con frecuencia incultos y faltos de instrucción, hacían de la permanencia en filas una experiencia ingrata. La aplicación de castigos violentos a los soldados díscolos o poco hábiles fue norma general hasta

mediados de siglo, cuando el ejército español se nutría fundamentalmente de recluta voluntaria, tropas mercenarias y, en casos de urgencia, de levas forzosas. Después, desde 1770, con el recurso al sistema de quintas para completar las plantillas de las unidades, se prohibieron los castigos corporales por iniciativa del inspector O'Reilly.

A todo ello se unía el riesgo propio del servicio de armas, durante el cual la exposición a las descargas cerradas de fusileros y artilleros enemigos en el campo de batalla era, normalmente, el menor de los riesgos. La imprecisión de las armas de fuego así lo determinaba, además del relativamente escaso número de batallas que llegaban a celebrarse. También debía constituir un factor favorable la pretendidamente extendida costumbre de los oficiales de la Ilustración de evitar los baños de sangre, aplicando criterios no sólo racionalistas sino también humanistas al considerar la salvaguarda de las vidas de sus subordinados. Aunque numerosísimos episodios bélicos del Dieciocho contradicen de manera frontal esta hipótesis. Así debieron opinar los granaderos que lanzó el general William Howe contra los colonos rebeldes de Bunker Hill el 17 de junio de 1775 en las inmediaciones de Boston (los británicos sufrieron el 43% de bajas -1.126 muertos y heridos de 2.600 hombres-, con inusitado número de oficiales entre ellos -89, una cuarta parte de todas las bajas de oficiales británicos en esta guerra-, y los americanos el 32% -450 de 1.400-)¹. Al igual que los zapadores españoles que abrían trincheras y baterías en el istmo de Gibraltar en el Gran Asedio, hostigados desde las baterías de la montaña enemiga para que no desarrollasen con tranquilidad su labor. Y, para hacer más efectivo ese hostigamiento, los ingleses procedían a acortar las espoletas de las granadas de mortero, al objeto de que estallasen en el aire e hiciesen el mayor daño posible a los españoles, evitando así que la explosión se produjese una vez impactados los proyectiles en el suelo arenoso, donde quedaban enterrados.²

Este tipo de carnicerías fueron también frecuentes en la Guerra de Sucesión Española³ y en la Guerra de los Siete Años.⁴

No obstante, los requisitos para incorporarse al ejército eran numerosos, desde la edad mínima exigida (16 años en tiempo de paz y 18 en tiempo de guerra) y una estatura mínima de 1'40 metros, al compromiso de enganche por 15 años, la condición de Católico Apostólico Romano y, quizás lo más llamativo, el no tener 'extracción infame', es decir, no tener negros entre sus ascendientes, ni ser de etnia gitana, ni de profesión

¹ Brendan Morrissey, *Boston 1775. El disparo que se oyó en todo el mundo*, Ed. Osprey Military, Madrid, 1995, pág. 67.

² Ángel J. Sáez Rodríguez, *La montaña inexpugnable, Seis siglos de fortificación en Gibraltar (XII-XVIII)*, IECG, Algeciras, 2007, pág. 86.

³ Durante la Guerra de Sucesión Española se celebró en junio de 1709 la batalla de Malplaquet, una de las batallas más sangrientas de ese conflicto, en la que cayeron casi 37.000 hombres. El ejército de la Alianza, de 90.000 hombres, estaba a las órdenes del Duque de Marlborough y del Príncipe Eugenio de Saboya. El francés, mandado por Claude Louis Hector de Villars, contaba 80.000 soldados. Los aliados perdieron más de 25.000 hombres (el 28% de sus fuerzas) y los franceses sufrieron 11.000 bajas.

⁴ Durante la Guerra de los Siete Años, cuando los prusianos se lanzaron sobre Bohemia, se enfrentaron el 16 de mayo de 1757 a las tropas austríacas en la sangrienta batalla de Sterboholly, en las cercanías de Praga: 80.000 soldados del rey de Prusia, Federico II, combatieron contra 120.000 mil de Austria y cada uno de los bandos registró unas 14.000 bajas entre muertos, heridos y desaparecidos.

En Zorndorf, Polonia occidental, el 25 de agosto de 1758 hubo 30.000 bajas en el choque de los 36.000 prusianos de Federico II el Grande y 43.500 rusos del conde Fervor, es decir, el 38% de muertos, aparte de heridos y prisioneros. Al año siguiente, en Kunersdorf, también en Polonia, el encuentro del ejército de Federico II de 49.000 hombres y el ruso-austríaco, que superaba los 100.000, se saldó con la pérdida de 20.000 prusianos, el 41% de sus fuerzas. Sus aliados enemigos perdieron 15.500 hombres.

verdugo o carnicero. Aunque, las dificultades para completar la dotación de las unidades hacía que se recurriese a la leva forzosa, ordenándose el arresto de ‘los denominados vagos, malentrenidos y quimeristas’, que llenaban los regimientos de toda la escoria de la sociedad.

Algunas de estas características resultaban contradictorias con los principios que debían haber regido a las sociedades ilustradas del Siglo de las Luces. Pero lo mismo ocurría en otros ámbitos vinculados con la vida de la milicia. El problema sanitario es un claro ejemplo. La menor herida sufrida en campaña podía suponer la muerte para el soldado, aunque se tratase de incidentes leves. Pero la imposible asepsia del material quirúrgico facilitaba infecciones que, con frecuencia, causaban gangrena y la muerte del individuo. La falta de sedes permanentes para la mayor parte de las unidades (salvo los regimientos ‘fijos’, como el de Ceuta) obligaba a sus periódicas mudanzas, consistente en el desplazamiento a pie, con todo el equipo y las familias de los oficiales casados, hasta el nuevo destino.

Tampoco la evolución del armamento marcó diferencias sustanciales con etapas precedentes. El gran salto tecnológico habría de llegar décadas después, en la segunda mitad del siglo XIX con la invención de la ametralladora, perfeccionada en los albores del XX. La gran industria de la muerte sólo se haría realidad desde la Primera Guerra Mundial y conflictos siguientes.

El armamento estándar de la infantería de esta época era el mosquete, evolución del arcabuz nacido en el siglo XVI. Seguía siendo un arma de ánima lisa, que se cargaba por la boca y que contaba con una bayoneta que, al calarse, lo convertía en un eficaz instrumento para el combate cuerpo a cuerpo. Aunque su alcance efectivo superaba el centenar de metros, no resultaba muy eficaz más allá de los cincuenta. Aunque en estas fechas se empleaban algunos rifles en los combates desarrollados en Norteamérica entre colonos rebeldes y ‘casacas rojas’, no está atestiguado su uso en el frente andaluz.

Respecto a la artillería, su alcance variaba con el tipo de pieza, según se tratase de las de tiro parabólico o morteros, o bien de las de tiro tenso, cañones y obuses. Su radio de acción dependía también de su calibre, que podía oscilar entre los pequeños morteros de 6 pulgadas y la principal pieza de la época, el cañón de “a 32” libras, aunque el término “calibre” (diámetro de la boca de fuego) sólo se correspondía con el de la artillería moderna en el caso de los morteros, con el que se indica el diámetro de su granada. En las restantes piezas, la clasificación de los cañones en el siglo XVIII seguía haciéndose a la inglesa, haciendo referencia al peso en libras del proyectil de hierro que lanzaba el cañón. La pieza estándar de “a 24” tenía un alcance eficaz de 900 m. y un radio de acción de 3.000 m. con bala maciza. El alcance de los morteros era de 2.400 m. También intervenían la cantidad y calidad de pólvora utilizada, el alza seleccionada en la pieza, la elevación de la batería en relación al objetivo, el hecho de que el proyectil cayera en tierra o estallase en el aire e, incluso, de factores meteorológicos como el viento. A título anecdótico cabe reseñar cómo una bomba inglesa alcanzó el campamento de catalanes y artilleros, en la Pedrera, en abril de 1781, un lugar situado a tres mil quinientos metros del Peñón.

PLANTEAMIENTOS TÁCTICOS

A pesar de las reticencias de Floridablanca, España firmó su intervención en la guerra que enfrentaba a Gran Bretaña con sus colonos rebeldes de Norteamérica y sus aliados franceses en junio de 1779, por medio del convenio de Aranjuez. Carlos III esperaba obtener importantes beneficios de esta guerra, mientras que su sobrino-nieto Luis XVI deseaba modificar la situación de control que ejercía Inglaterra del estrecho de Gibraltar desde sus bases del Peñón y Menorca, no en vano eran la llave de Tolón y otros puertos franceses del sur.

De inmediato, tras la declaración de guerra se procedió a bloquear Gibraltar con las tropas y los escasos recursos existentes en las cercanías, en tanto que se aprestaban en todo el país pertrechos, artillería, caballerías y tropas para esta nueva campaña.

Durante el Gran Asedio, desarrollado entre 1779 y 1783, y aunque las fuerzas enfrentadas variaron sensiblemente durante su transcurso, el ejército atacante hispano-francés llegaría a contar con unos 30.000 hombres teóricos implicados en la campaña, aunque su número real era sensiblemente inferior por las bajas en combate, enfermos y desertores. En el otoño de 1782 no superaban los 15.000. Mientras tanto, la guarnición británica llegó a acercarse a los 8.000 en algún momento.

Como Martín Álvarez de Sotomayor, el comandante general del Campo de Gibraltar, estableció en junio de 1779 un bloqueo preparatorio del asedio activo que tal vez hubiese desembocado en el asalto a la plaza de Gibraltar, sus alejadas posiciones de partida, situadas en la Línea de Contravalación, habrían de avanzar por el istmo para poder realizar un tiro artillero efectivo. Antes de dar inicio al avance de sus baterías por medio de trincheras y paralelas, había que consolidar sus puntos de partida: disponer los campamentos, construir los parques de artillería e ingenieros, establecer baterías de artillería en disposición defensiva en la costa y respecto a los fondeaderos de la flota y los astilleros de lanchas en Algeciras y el río Palmones, construir un desembarcadero de madera al oeste de Punta Mala, reparar los caminos para traer provisiones, etc. Seguidamente, y para adelantar las baterías atacantes desde la Línea de Contravalación construida tras el asedio de 1727, los ingenieros responsables de las obras, Caballero y Abarca, diseñaron el *Plano de la plaza de Gibraltar y de nuestra línea de contravalación con el proyecto de ataques que parece más adaptable si VM determina se emprenda su conquista por vigoroso sitio*. En octubre de 1780 comenzaron los trabajos en la batería de morteros del Molino, lo que técnicamente equivalía a la conversión del bloqueo en asedio efectivo, aunque oficialmente se siguió considerando que sólo se mantenía un ‘bloqueo ofensivo’.

Ambos ingenieros formaban parte de la interesante nómina de personalidades políticas y militares que coincidieron ante Gibraltar. Álvarez de Sotomayor mandaba las fuerzas en presencia y contaba en su Estado Mayor con Silvestre Abarca, director y comandante del ramo de Plazas y Fortificaciones del Reino, que lo era en la práctica de los ingenieros militares, y con Juan Caballero, uno de los diez ingenieros directores del Ejército. Los dos ingenieros habían expresado su desacuerdo con el plan de operaciones expuesto del comandante general, mientras que la coordinación de las operaciones marítimas y terrestres no habría de ser tampoco fácil.

FUERZAS ESPAÑOLAS

Al comenzar el asedio no existía un plan de ataque preconcebido por parte de Madrid para atacar la inasequible base inglesa. Se concentraron y acamparon las tropas al sur de Sierra Carbonera y se estableció el bloqueo marítimo. Era bien conocido que las posibilidades de una derrota militar de la plaza fuerte únicamente por vía terrestre eran nulas, de manera que el bloqueo por mar y las fórmulas de ataque por sus frentes marítimos adquirieron singular importancia.

Desde la llegada al trono de Carlos III, el Ejército y la Armada española habían iniciado un importante proceso modernizador, imprescindible ante la pérdida de capacidad operativa sufrida por ambos durante el pacífico reinado de Fernando VI, porque hasta las más celebradas políticas causan efectos perniciosos de alguna índole.

El nuevo monarca borbónico pudo comprobar con rapidez el inadecuado estado de sus fuerzas armadas con motivo de la desastrosa Guerra de los Siete Años, a la que España se incorporó tardíamente, cuando la suerte de las armas estaba echada a favor del enemigo inglés. Su ineficacia se demostró en la campaña de Portugal y en la pérdida de La Habana a manos de Inglaterra.

Por tanto, el proceso renovador hubo de afectar a todos los ámbitos de la milicia, iniciándose con la elaboración de normativas militares conocidas como Reales Ordenanzas, tan eficaces que mantuvieron su vigencia durante dos siglos. A las mismas siguieron la creación de escuelas para la formación de oficiales y la reestructuración y reorganización de las unidades. No fue la menor de las reformas la relativa al reclutamiento de tropas. El tradicional venía siendo el de carácter voluntario, que se veía completado con fuerzas mercenarias, pero en el siglo XVIII se mostraba insuficiente para completar las unidades. Éstas solían encontrarse muy mermadas, lo que obligó a recurrir a la leva forzosa, basada en cupos provinciales. Así ocurrió con la Ordenanza de 1770, que basaba la recluta en el sistema de quintas. Afectaba a los varones de más de 1,6 metros de estatura, talla elevada para la época, que estuviesen entre los 18 y los 36 años. La Ordenanza establecía la duración del servicio militar en 8 años, pero contemplaba numerosas situaciones que permitían la exención del servicio de armas, como la incapacidad física, el desempeño de innumerables profesiones y la pertenencia a estamentos privilegiados.

Todos los ejércitos occidentales constaban de las armas clásicas (infantería, caballería y dragones), además de los cuerpos facultativos (como ingenieros y artillería), aunque, en la campaña de Gibraltar, la Marina jugó también un papel esencial. Y, entre sus fuerzas, formaban marineros, artilleros e infantes.

En las fuerzas terrestres, la Infantería podía ser de línea o ligera, aparte de las unidades consideradas de élite de las Reales Guardias de Corps y las Reales Guardias de Infantería, formadas por las Guardias Españolas y las Guardias Valonas. A la infantería de línea correspondía soportar el peso de las confrontaciones bélicas de la época, maniobrando y combatiendo en formaciones compactas, ‘en línea’, como su nombre señala. Es el mismo término que se aplicaba a los navíos de guerra, que luchaban también ‘en línea’ frente al enemigo igualmente dispuesto y batiéndose con la artillería de una de sus bandas. Hasta que, a principios del XIX, la

genial heterodoxia de Horacio Nelson introdujo novedades tácticas resolutivas. La infantería de línea se organizaba en regimientos de dos batallones cada uno, formados por una compañía de granaderos y 8 de fusileros, con un total teórico de 1.377 hombres. El primer batallón estaba mandado por el coronel del regimiento y, el segundo, por el teniente coronel. Y cada uno de ellos contaba con una plana mayor. Por su parte, los batallones de infantería ligera sólo contaban con 6 compañías. Nacida en tiempos de Felipe V de manera coyuntural (Fusileros de Montaña de 1735), la infantería ligera se consolidó durante la guerra con Portugal de 1762.

Aunque el ejército español tendría que hacer frente directamente a las armas inglesas en Gibraltar, en Menorca y en diferentes lugares de América (el Mississippi, Florida, las Bahamas y el mar), en el escenario bélico andaluz habrían de darse cita compañías sueltas o batallones completos de buena parte de él, tanto de la Guardia como de la infantería de línea, española y extranjera, de la ligera y de las milicias. Lo mismo ocurrió con las unidades a caballo.

Las tropas de infantería del ejército español que participaron en algún momento de este asedio fueron 4 batallones de Guardias Españolas y otros 4 de Guardias Valonas; el I Batallón del Regimiento de América; uno de Córdoba y otro de Saboya; y los regimientos de Zamora, Extremadura, Guadalajara, éste con su distintiva corbata roja en vez de negra en recuerdo de su actuación en Camposanto en 1743; el de Murcia; el de la Princesa y el de Burgos.

De ellos, algunos estaban integrados por tropas curtidas, como las procedentes de la campaña de Menorca. Es el caso de los regimientos de América, Burgos, Murcia y Saboya, pero otros carecían de experiencia, al proceder sus soldados de quintas recientes.

Además de las unidades del ejército regular, las tropas bajo el mando del Comandante General del Campo de Gibraltar encuadraban muchas unidades de milicias provinciales y de infantería ligera, como el I Regimiento de Cataluña y un batallón de los Voluntarios de Aragón, con un gran protagonismo en las escaramuzas de las trincheras avanzadas del istmo, ya que a estas dos unidades competía el control de la tierra de nadie situada en los arenales, tanto para prevenir salidas enemigas como para interceptar la fuga de los desertores propios; 3 divisiones de Granaderos y Cazadores Provinciales, entre ellos los granaderos provinciales de Andalucía, Ciudad Real, Guadix, Logroño y Toro, así como los Cazadores Provinciales de Jerez, Lorca y Soria, además de tropas del regimiento Fijo de Ceuta. También unidades de los regimientos de Voluntarios Provinciales de Écija, Murcia, Salamanca y Toledo y de los de Milicias de Bujalance, Jaén y Sevilla, el batallón de Voluntarios de Crillón y su compañía de cadetes, los Escopeteros de Getares y la llamada Compañía de Voluntarios del Bloqueo.

Entre la infantería extranjera del ejército español se dieron cita el regimiento irlandés del Ulster (llamado 'Ultonia'), los italianos de Milán y Nápoles y el suizo de Betchart, además de los valones citados de la Guardia.

Con las reformas de Carlos III, los regimientos de la caballería de línea comprendían en esta época 4 escuadrones y, cada uno de éstos, 3 compañías, totalizando 504 hombres. Los regimientos de dragones contaban con 3 escuadrones de 4 compañías cada cual, con 609 plazas por regimiento hasta 1768.

Las unidades a caballo en la campaña de Gibraltar representaron a la mayoría de estos regimientos de caballería y de dragones españoles del momento. Entre los primeros, 2 escuadrones de Borbón, unidades de Alcántara, Algarve, Calatrava, Desmontados de Caballería, Farnesio e Infante, así como uno de los regimientos de Montesa, Príncipe, Rey, Reina y Santiago. También estuvieron presentes los Voluntarios de Caballería, con un escuadrón de esta unidad de caballería ligera, destinada de manera habitual al Campo de Gibraltar.

Entre los dragones se encontraban 2 escuadrones de Pavía y de Lusitania y unidades de Almansa, Rey, Sagunto, Villaviciosa y Dragones Desmontados. Los primeros dragones aparecieron en el ejército español en el siglo XVI, pero sólo en el XVII sabemos de la agrupación de varias compañías en el primer ‘cuerpo’ de ese nombre. En adelante, se organizaron en tercios o regimientos. En realidad se trataba de infantería montada que solía combatir desmontada, por lo que mantuvo siempre cierta indefinición entre la caballería y las tropas de a pie, aunque orgánicamente quedó emplazada con la primera de esas armas desde las ordenanzas de Felipe V. Desde 1768, los regimientos de dragones constaban de cuatro escuadrones, compuesto cada uno por tres compañías formadas por un capitán, un teniente, un alférez, dos sargentos, tambor, cuatro cabos, cuatro granaderos y 32 dragones, además de la plana mayor. El siglo XVIII fue el de su esplendor, fundiéndose el siguiente con la caballería ligera, como húsares y cazadores a caballo.

Oficiales y jefes del cuerpo facultativo de ingenieros y fuerzas del Cuerpo General de la Artillería por tierra y fuerzas navales por mar, según se ha comentado, tanto del Cuerpo General de la Armada, como del Real Cuerpo de Artillería de Marina y de la Infantería de Marina, completaron el enorme dispositivo atacante, aparte de la Brigada Francesa.

Una diferencia sustancial entre Armada e ingenieros estriba en que, al componer los ingenieros un cuerpo facultativo o específicamente técnico, carecían de tropas en sentido estricto. Las compañías de minadores dependían de la Artillería y hasta 1802 no se crearía el Real Regimiento de Zapadores y Minadores, por lo que el trabajo en las trincheras era desempeñado por soldados de diferentes unidades conducidos técnicamente por los oficiales de ingenieros.

El despliegue habitual de las fuerzas de bloqueo se organizaba de la manera siguiente: los puestos avanzados del istmo eran ocupados por la infantería ligera de los regimientos de voluntarios de Cataluña y de Aragón. El extremo de la derecha de la Línea correspondía a las Guardias Españolas, el de la izquierda a las Valonas y, el centro, a otros regimientos de infantería de línea.

Aunque a principios del siglo XVIII las tropas francesas vestían uniforme gris claro y las españolas principalmente blanco, las fuerzas multinacionales del ejército aliado congregadas para tomar Gibraltar entre 1779 y 1783 iban en su mayoría de azul, como señala el gráfico (diagrama 1). En esta época, los franceses

habían cambiado aquel gris de tiempos de la Guerra de Sucesión española por blanco, pero, aún así, este color sólo aparecía en menos del 30% de los uniformes de las unidades que participaron en esta campaña. Los datos, referidos sólo a las unidades terrestres, demuestran el predominio del azul en el ejército aliado (52%), que en la práctica resultaba mucho más dominante porque a ellos habría que añadir las casacas azules de artilleros e ingenieros, lo que podría hacer llegar este dato al 60% de las fuerzas terrestres.

Todo ello sin considerar que también el azul era el de las tropas de la Armada, de presencia tan importante en este hecho de armas, aunque su destino natural en las unidades de bloqueo haría imperceptible el color de sus uniformes en tierra de manera habitual.

Uniformes de la infantería española ante Gibraltar

Felipe V había instituido el color blanco como el básico de la infantería de sus reinos. 32 de sus 52 regimientos de infantería regular vestían casacas blancas en la época que nos ocupa, 15 azules y 5 rojas. El predominio de aquéllas, que alcanza al 62%, es más significativo al comprobar que la mayoría de las unidades de uniforme encarnado son los regimientos irlandeses y los azules corresponden, principalmente, a las fuerzas de la Casa Real y a los de la infantería ligera creados en 1762. Pero incluso en los regimientos que iban de blanco, sus pífanos y tambores vestían de azul.

Las divisas de esos uniformes, es decir, los colores de las vueltas y del collarín de la casaca, eran mayoritariamente rojos (46%) y azules (20%).

La pulcritud que debiera asociarse a la blancura de los uniformes era una entelequia absoluta, ya que cada soldado sólo disponía de un uniforme tanto para servicio como para paseo. Pero la situación era más gravosa porque tardaba años en ser renovado, por lo que solía presentar un aspecto lamentable, desgastado, remendado y sucio.

En la segunda mitad del siglo, la indumentaria de la infantería constaba de una “casaca holgada, vuelta corta y baja y chupa corta. Sombrero pequeño apuntado con gracia. Botín blanco con botón negro de cuero, la campana pequeña, para que juegue la rodilla con libertad”.⁵ En esta época, la vestimenta militar fue aproximándose a los usos prusianos, aunque a principios de siglo el modelo había sido el francés. En los primeros años del siglo XVIII, la propia organización del ejército mostró ese acercamiento, ya que pasó de estar formado por tercios a estarlo por regimientos. La entronización de la casa real gala en España a la muerte de Carlos II había supuesto una intensa aproximación entre ambos estados, aunque sería más correcto señalar el sometimiento español respecto a su poderoso vecino transpirenaico. El protagonismo de Luis XIV, abuelo del nuevo monarca español Felipe V, durante la Guerra de Sucesión, en la que asumió un papel director de los intereses de los dos países, fue significativo a ese respecto. Al igual que la firma de los pactos de familia entre ambos o la intervención española en la Guerra de los Siete Años, ya en su recta final, cuando

⁵ Manuel Gómez Ruiz y Vicente Alonso Juanola, *Uniformes militares del Ejército de Carlos III*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1994, pág. 48.

España no podía aspirar de manera sensata a obtener resultados satisfactorios. Esa relación puede seguirse desde principios de siglo en la evolución de la moda francesa triunfante en la España borbónica.

A la influencia alemana responde la reducción del número de los bucles en el peinado, que al final del siglo era de sólo uno a cada lado de la cabeza, así como el uso de la ‘gorra de pluma’.

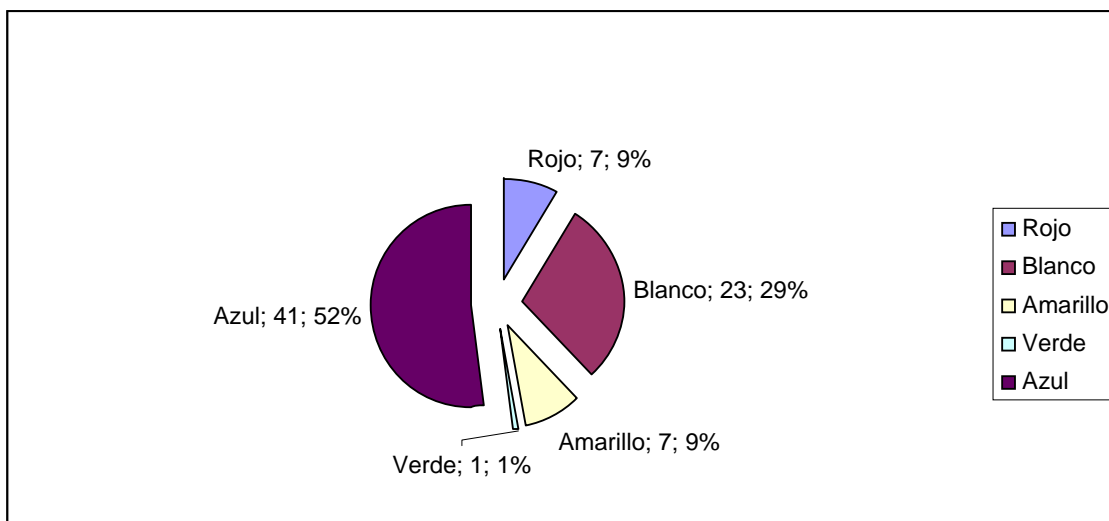


Diagrama 1.-Casacas aliadas de las fuerzas de infantería y caballería

Ese uniforme constaba, además, de una cartuchera que iba inicialmente a la izquierda (hasta 1761), después en posición ventral (hasta 1768) y, finalmente, a la derecha; también de correas para colgar la cartuchera o cacerina y, a la izquierda, la bayoneta; un frasco de pólvora hasta 1784; un tahalí o porta espada para sargentos, cabos, tambores, pífanos (estos dos hasta 1784) y granaderos. Éstos iban tocados del característico gorro con frontanela de piel de oso, con manga trasera del color de la divisa del regimiento. Disponían también de una bolsa granadera (hasta 1784).

Con las Reales Ordenanzas de 1768 apareció la ‘gorra de pluma’ como prenda reglamentaria de cabeza, que debía ir reemplazando paulatinamente los sombreros acantilados o tricornios, aunque nunca llegó a generalizarse por completo.

Las milicias provinciales adquirieron una importancia excepcional en este período. Inicialmente uniformadas de blanco, desde 1766 adoptaron el color azul y la divisa morada para todas las unidades, que en esa fecha alcanzaban los 42 regimientos. De ellos, más de un tercio sirvieron en el Gran Asedio.

Almoraima 38, 2009

Los regimientos de milicias, mandados por un coronel, constaban de un batallón, a razón de 8 compañías de fusileros, una de granaderos y otra de cazadores.

Los colores más frecuentes en el campamento español eran, además del blanco teóricamente predominante, el rojo y el azul, correspondientes el conjunto de estos dos a los de las tropas de la Casa Real. Mientras que el amarillo era privativo de los dragones y el verde resultaba inusual, la casaca roja era también infrecuente tanto entre la infantería española como en la francesa. En este escenario bélico también era éste el color del regimiento de infantería de la Princesa y del muy desconocido batallón de Voluntarios de Crillón. Esta unidad de infantería vestía casaca roja y chupa, calzón y solapa de color verde con botón dorado. Su originalidad procede de la repentina organización de esta unidad en la campaña de Menorca, cuando, para simular la llegada de más tropas de las que en realidad formaban parte de la fuerza expedicionaria de Crillón en 1781, se equipó con uniformes ingleses capturados en el arsenal de Mahón a parte de la tropa destinada a desfilar por la ciudad como si de una nueva unidad se tratase.

A modo de resumen, la indumentaria de las unidades de infantería que sirvieron en algún momento en el Gran Asedio de Gibraltar responde al siguiente esquema (ver Cuadro 1 y Diagrama 2).

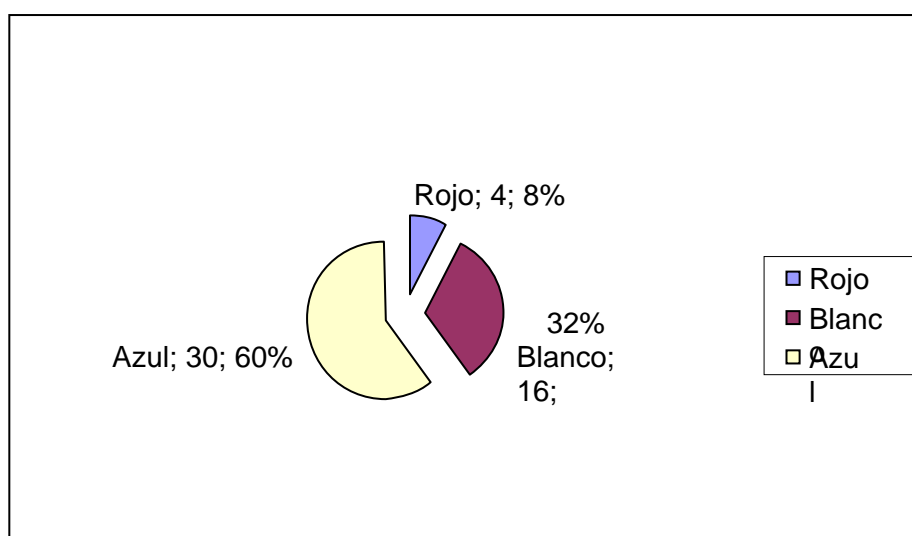


Diagrama 2.-Casacas españolas de las fuerzas a pie

| INFANTERÍA DE LA CASA REAL | | |
|---|---------------|----------------|
| UNIDADES | CASACA | VUELTAS |
| Guardias Españolas | Azul | Rojo |
| Guardias Valonas | Azul | Rojo |
| INFANTERÍA DE LÍNEA ESPAÑOLA | | |
| UNIDADES | CASACA | VUELTAS |
| América | Azul | Amarillo |
| Extremadura | Blanco | Amarillo |
| Córdoba | Blanco | Rojo |
| Zamora | Blanco | Negro |
| Guadalajara | Blanco | Rojo |
| Murcia | Blanco | Azul |
| Saboya | Blanco | Negro |
| Burgos | Blanco | Rojo |
| Princesa | Rojo | Blanco |
| INFANTERÍA LÍGERA | | |
| UNIDADES | CASACA | VUELTAS |
| I Regt ^o de Cataluña | Azul | Rojo |
| Voluntarios de Aragón | Azul | Rojo |
| INFANTERÍA MILICIAS PROVINCIALES | | |
| UNIDADES | CASACA | VUELTAS |
| Andalucía | Azul | Morado |
| Ciudad Real | Azul | Morado |
| Guadix | Azul | Morado |
| Logroño | Azul | Morado |
| Toro | Azul | Morado |
| Jerez | Azul | Morado |
| Lorca | Azul | Morado |
| Soria | Azul | Morado |
| Écija | Azul | Morado |
| Murcia | Azul | Morado |
| Salamanca | Azul | Morado |
| Toledo | Azul | Morado |
| Bujalance | Azul | Morado |
| Jaén | Azul | Morado |
| Sevilla | Azul | Morado |
| OTRAS UNIDADES DE INFANTERÍA | | |
| UNIDADES | CASACA | VUELTAS |
| Fijo de Ceuta | Blanco | Verde |
| Voluntarios de Crillón | Rojo | Verde |
| Cadetes de los Voluntarios de Crillón | Desconocido | |
| Escopeteros de Getares | Azul | Rojo |
| Voluntarios del Bloqueo | Desconocido | |

Cuadro 1

Uniformes de la infantería extranjera del ejército español

Hemos mencionado razones de carácter histórico e ideológico como explicación del habitual alistamiento de ciudadanos italianos, valones, suizos e irlandeses en los ejércitos españoles. En tiempos de la Casa de Austria, el predominio de soldados extranjeros en los tercios españoles era tan absolutamente abrumadora que, en el siglo XVIII, incluso tras la pérdida de las posesiones europeas por el Tratado de Utrecht, siguió sumando un tercio del ejército español.

Los regimientos de Ultonia, Hibernia e Irlanda combatieron juntos durante la Guerra de Independencia española, conformando la 'Brigada Irlandesa', disuelta al finalizar el conflicto. Los de Irlanda e Hibernia desaparecieron en 1818 ante la falta de efectivos, mientras que el de Ultonia existió hasta 1986 (Ultonia N° 59).

Dada la norma de destinar en los regimientos extranjeros a la gente de peor ralea reclutada por las levas forzosas, el prestigio de esas unidades no era precisamente elevado. Ejemplo de esa realidad es la sátira publicada por Terrón Ponce:

*Quando los regimientos de
Ibernia, Ultonia e Irlanda,
quando salgan de la Corte
tan extranjera canalla,
entonces Carlos Tercero,
será Gibraltar de España.⁶*

Sin embargo, y a diferencia de Francia y Gran Bretaña, España no reclutaba alemanes. La prohibición señalada por las ordenanzas de alistar soldados que no fuesen católicos dejaba fuera de su ámbito de influencia a los germanos, con la salvedad de los ciudadanos de Baviera, único *länder* papista. Por su parte, la también 'cristianísima majestad' francesa se mostró siempre dispuesta a enrolar alemanes, por muy protestantes que fuesen. También contaba entre sus filas con italianos y suizos, de manera similar al ejército español (ver Cuadro 2).

⁶ Sátira contra la campaña de Gibraltar, Archivo Campomanes, Legajo N° 47-32, en José Luis Terrón Ponce, *Ejército y política en la España de Carlos III*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1997.

| INFANTERÍA EXTRANJERA | | |
|-----------------------|--------|----------|
| UNIDADES | CASACA | VUELTAS |
| Irlandés de Ultonia | Rojo | Negro |
| Italiano de Milán | Blanco | Azul |
| Italiano de Nápoles | Blanco | Rojo |
| Suizo de Betchart | Azul | Amarillo |

Cuadro 2

Ya se ha expuesto que la casaca roja era poco usual entre españoles y franceses, mientras que servía de distintivo especial para los irlandeses, rasgo especialmente llamativo al ser el color básico de la uniformidad del enemigo inglés. Los irlandeses, por su parte, llevaban encarnados también el calzón y la chupa. El regimiento de *Ultonia*, en particular, llevaba las vueltas negras.

Uniformes de las fuerzas a caballo españolas

La caballería vestía, en la etapa final del reinado de Carlos III, como se describe a continuación:

“Casaca de paño blanco diez y ocheno de Alcoy o de otros equivalente, chupa, calzón, vueltas solapa y cuello del mismo paño azul, tinte en lana, granza, verde, negro o anteadado (...), botones de peltre⁷ (...). Sombrero de lana guarnecido de galón de estambre blanco, o de color de oro, escarapela de estambre encarnada, (...) corbatines de cinta de terciopelo negro, un par de zapatos, capa del referido paño dieciocheno blanco (...), mantilla y tapafundas del mismo paño diez y ocheno azul, tinte en lana granza u otro del que sea la divisa, guarnecido de galón de estambre⁸ blanco y color de oro (...). Un par de botas con sus espuelas y guardapolvos, bandolera de ante, cinturón de lo mismo con su hebilla de latón (...). Un par de guantes, una dragona⁹ de estambre, un lazo y cinta para la coleta y una cartuchera con tapa de baqueta¹⁰ y su correa de ante con su hebilla de latón”.¹¹

Como ocurría con la infantería, el blanco supuestamente predominante en la caballería no se cumplía de manera alguna entre las fuerzas de caballería. El predominio era de azules con divisa roja, siguiendo el modelo de la Casa Real, junto a otras combinaciones habituales y la presencia excepcional del color verde,

⁷ Aleación de cinc, plomo y estaño.

⁸ Hilo formado por hebras largas que proceden del vellón de lana.

⁹ Capa de hombre, con esclavina y capucha.

¹⁰ El zapato de suela de madera es el que la tiene muy rígida, de madera. De la sinécdoque que, designando un instrumento por el material del que está hecho, identifica la baqueta con que se ataca un arma de fuego o con que se toca el tambor con el material de que se fabrica.

¹¹ Manuel Gómez Ruiz y Vicente Alonso Juanola, *op. cit.*, pág. 51.

específico de la caballería ligera de los Voluntarios de España, que hasta 1769 había sido amarilla, como los dragones (ver Cuadro 3).

| CABALLERÍA ESPAÑOLA | | |
|----------------------------|---------------|----------------|
| UNIDADES | CASACA | VUELTAS |
| Borbón | Azul | Rojo |
| Alcántara | Blanco | Verde |
| Algarve | Rojo | Amarillo |
| Calatrava | Blanco | Rojo |
| Farnesio | Rojo | Blanco |
| Infante | Azul | Blanco |
| Montesa | Blanco | Azul |
| Príncipe | Azul | Rojo |
| Rey | Azul | Rojo |
| Reina | Rojo | Azul |
| Santiago | Azul | Rojo |
| Voluntarios de Caballería | Verde | Amarillo |

Cuadro 3

Entre los dragones, la coherencia cromática se cumplía con mayor rigor que entre las restantes fuerzas. El color amarillo es característico de sus casacas, con la salvedad del regimiento del Rey, con los colores reales azul y rojo. También era excepcional el uniforme de los dragones de la Reina, de color encarnado, pero que no tuvo unidades destacadas en esta época en el Campo de Gibraltar (ver Cuadro 4).

Los dragones debían usar ‘gorra de pluma’ en vez de sombrero acandilado desde 1769, pero existe cierta inseguridad respecto a su uso hasta su definitiva desaparición en la década de 1780.

Estas unidades llevaban el color de la divisa en la manta de sus monturas, en las tapafundas de las pistoleras y en el estuche situado tras la silla de montar (ver Diagrama 3).

| DRAGONES | | |
|-----------------|---------------|----------------|
| UNIDADES | CASACA | VUELTAS |
| Lusitania | Amarillo | Negro |
| Pavía | Amarillo | Rojo |
| Almansa | Amarillo | Azul |
| Rey | Azul | Rojo |
| Sagunto | Amarillo | Verde |
| Villaviciosa | Amarillo | Rojo |

Cuadro 4

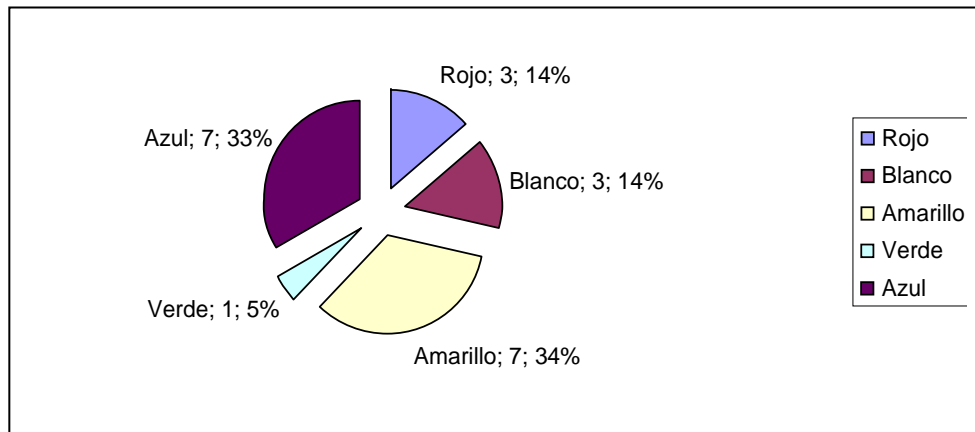


Diagrama 3.-Casacas de las fuerzas a caballo.

Uniformes de los cuerpos facultativos españoles

Tanto el Cuerpo Facultativo de Ingenieros como el Cuerpo General de la Artillería vestían de azul. El rey Carlos III había decretado en 1758 la separación de ambos cuerpos facultativos de ingenieros y artilleros, según correspondía a un ejército moderno, pero sus uniformes siguieron siendo casi idénticos.

Para los dos casos la casaca azul turquí iba suelta, sin faldones recogidos, y calzón del mismo color, con encarnado en chupa, cuello y vueltas. Medias de hilo blanco y zapatos con hebilla. Tanto los vivos del uniforme y tricornio, los botones y la empuñadura y remate de la espada eran plateados para los ingenieros dorados para los artilleros.

Ambos usaron únicamente tricornio, ya que nunca les fue asignada la 'gorra de pluma'. Los artilleros llevaban sable y portasable de ante blanco, ancho, con hebilla de latón y cordón de estambre, con estuches de latón para agujas de cañón.

Sólo se accedía al cuerpo de ingenieros habiendo estudiado Matemáticas en las academias militares o siendo oficial o cadete de Artillería, la Armada o alguna de las restantes Armas.

Uniformes de la Armada española

Las fuerzas de la Armada seguían organizadas y uniformadas como era tradicional en la España de los Borbones. Su indumentaria fue confirmada en 1761:

“El Rey ha resuelto que el uniforme de los oficiales de la Marina desde Capitán de Navío (equivalente a coronel en el Ejército de Tierra) inclusive hasta Alférez de Fragata (que equivalía a Alférez en tierra) sea, según la divisa de la Armada, encarnado y azul, guarnecido de un galón de oro al canto y lo mismo en las mangas, según el diseño pequeño que traen las Reales Guardias de Infantería”.¹²

Tanto infantería de marina como artillería naval llevaban el mismo uniforme, pero con medias encarnadas en vez de blancas.

LA BRIGADA FRANCESA

Al igual como ocurriera en el asedio de 1704-1705, fuerzas francesas intervinieron junto a las españolas en el nuevo intento contra Gibraltar. A la desastrosa descoordinación de aquella vez, motivada quizás por el deseo de reservar a Tessé la gloria de la conquista cuando las tropas estaban empeñadas en el asalto al Pastel (Round Tower) en febrero de 1705, se respondió en esta ocasión con el acuerdo de las fuerzas terrestres (que no de las de Marina). No en vano, desde la llegada de la Brigada Francesa, todo el dispositivo terrestre quedó bajo el mando de un francés, el duque de Crillon.

Menorca se había rendido al ejército hispano-francés de Crillon entre el desembarco de agosto de 1781 y la caída de Mahón en las primeras semanas de 1782. La operación fue breve y, aunque no funcionó el golpe de mano inicialmente previsto, consiguió su objetivo con prontitud, en medio de la desertión numerosa de los soldados británicos.

El segundo hijo del duque de Crillon, coronel del Regimiento de *Bretagne*, uno de los franceses que habían luchado en Baleares, llegó al campamento español el día 7 de junio de 1782. Había sido ascendido a brigadier del ejército español y, además, ostentaba el título de conde de Crillon. Poco después, el día 18, llegaba el grueso de la fuerza expedicionaria gala que se había destacado en la campaña de Menorca: un convoy de 60 embarcaciones y el propio duque de Crillon al mando de cuatro mil soldados del ejército francés. Eran los regimientos franceses *Lyonnais* y *Bretagne*, del que había sido coronel él mismo en 1742, y los alemanes *Royal Suedois* y *Bouillon*, que traían su propia dotación de artilleros e ingenieros. Los regimientos del ejército francés se organizaban en brigadas de dos de ellos y cuatro batallones como unidad táctica, estando mandados por un brigadier de manera habitual. Dado que Crillon ostentaba la graduación de capitán general del ejército español, las fuerzas aliadas venían formalmente bajo el mando del barón de Falckenhayn, su comandante en jefe desde las operaciones de Mahón.

Se dispuso a los recién llegados en el extremo oriental del campamento aliado, entre la Pedrera y la Torre Sierra Carbonera, la zona más expuesta al viento de Levante. No habría lugar a reproches por el comportamiento de estas tropas en el Gran Asedio. Se batieron correctamente cuando hubo ocasión hicieron su trabajo en la excavación de trincheras en el istmo. Incluso fueron autores, en exclusiva, de la llamada

¹² Manuel Gómez Ruiz y Vicente Alonso Juanola, *op. cit.*, págs 59 y 60.

‘Batería de Mahón’, la más adelantada del dispositivo atacante, preparada para el pretendido ataque definitivo de septiembre de 1782. Entonces, en vísperas del ataque de las baterías flotantes, los ingleses se ejercitaron con el disparo contra ella de balas de cañón calentadas al rojo. Así consiguieron incendiarla y destruirla por completo. En la práctica, los incendios producidos de esta forma en el complejo atrincherado ofensivo hispano-francés del istmo causaron más daños materiales en este conflicto que los millares de impactos directos recibidos de la artillería británica.

Las tropas francesas también encuadraron algunas dotaciones de las baterías flotantes de D’Arçon a los muelles de Gibraltar. Estaba previsto que, de lanzarse el asalto contra éstos con infantería embarcada en lanchas, se reservase el Muelle Viejo a las tropas francesas y el Nuevo a las españolas.

Uniformes de la infantería francesa

En el siglo XVIII, el color gris claro era el básico de la infantería francesa. Con el transcurso de la centuria vivieron un proceso similar al español, abandonando el color base y adoptando, después de la Guerra de los Siete Años, colores blancos y azules, principalmente. De acuerdo con la norma general del ejército francés, las unidades destinadas al Campo de Gibraltar lucían uniformes de esos colores. Cuando Étienne-François, conde de Stainville, y duque de Choiseul, fue nombrado en 1761 secretario de Estado de Guerra y de Marina, abordó una reforma profunda del ejército y la marina de su país.¹³ Como consecuencia, el *Etat Militaire* de ese mismo año recoge la nueva uniformidad azul con vueltas del mismo color del Regimiento de Bretaña, en contraste con el gris claro que lució hasta poco tiempo antes. También modificó entonces sus ropajes el Regimiento *Lyonnais*, que dejó el gris claro para adoptar el blanco, aunque manteniendo las vueltas rojas.

Según Terrón Ponce, esas reformas supusieron también que, por influencia prusiana, la casaca y la chupa se acortaran y se introdujeran solapas abotonadas.

Su organización era similar a la española, con uno o dos batallones por regimiento de línea y 725 hombres entre oficiales y soldados. También como en los regimientos españoles, el coronel mandaba el primer batallón, en el que se integraba su plana mayor, mientras que el segundo batallón estaba dirigido por un teniente coronel.

Uniformes de la infantería alemana de la Brigada Francesa

Las unidades mercenarias alemanas, alistadas en bloque, incluidos sus mandos, en el ejército francés, llevaban uniformes muy similares a los españoles y franceses.

La Brigada Alemana constaba de un regimiento de uniforme blanco y otro azul. El primero era el Regimiento de *Bouillon*, de 1.025 hombres y 48 jefes y oficiales, que venía bajo el mando del mariscal de campo barón de Wimpffen, aunque la brigada dependía del brigadier conde Ernest de Sparre. Sus soldados

¹³ Biblioteca Nacional de Francia, *Acte Royal*, 25-XI-1762, Versailles, *Ordonnance du Roi pour réformer plusieurs régimens de son infanterie française*.

llevaban la casaca corta, propia de esta época, del color blanco más generalizado en el ejército francés desde la reforma del duque de Choiseul bajo el reinado de Luis XV, llevada a efecto tras la derrota en la Guerra de los Siete Años. Eran blancos también la chupa, calzones y forro, mientras collarín, solapa y vueltas eran negras. Lleva cinco botones dorados en la cartera, así como los ojales y los vivos del tricorno.

Este regimiento, junto al *Royal Suedois*, había intervenido en la campaña de Menorca, pasando con Crillon al frente de Gibraltar. Esta última unidad estuvo formada originalmente por soldados suecos capturados por los franceses en la batalla de Fleurus, en 1690, pero la dificultad de encontrar individuos de ese origen para reponer sus bajas hizo que paulatinamente se fuese llenando de alemanes. El azul de su casaca es más oscuro del habitual en el ejército francés, ya que tiende al negro, como era usual en el sueco en el siglo XVIII. Su historia, como todas las de los regimientos 'reales', acabó durante la Revolución Francesa, al ser disuelto y posteriormente reorganizado.

Su color azul contribuye aún más a establecer el predominio de esta tonalidad entre las fuerzas aliadas congregadas ante Gibraltar durante el Gran Asedio (ver Diagrama 4).

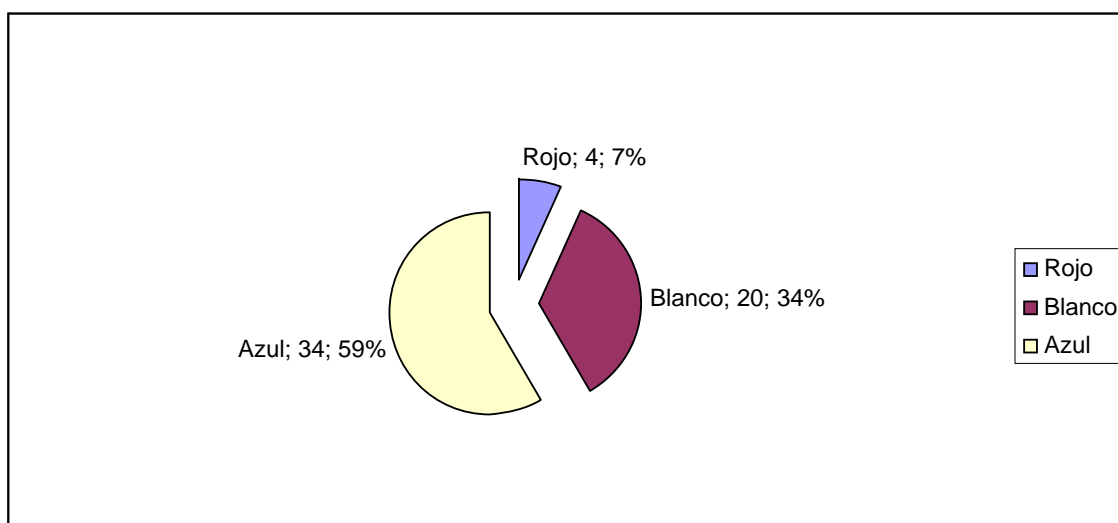


Diagrama 4.-Casacas de las fuerzas aliadas a pie

LA GUARNICIÓN BRITÁNICA

En esta época la infantería de línea británica, temida por su bravura y eficacia, padeció a veces la ineficacia de sus altos mandos y la torpeza de la administración militar, como en la Guerra de Independencia

Americana. No obstante, la profesionalidad de oficiales y subalternos, junto a la aplicación de una disciplina muy severa, hicieron de los *red coats* el eficiente núcleo del ejército inglés.

Los regimientos de infantería de línea del ejército británico constaban, por lo general, de un solo batallón, formado por ocho compañías de fusileros y dos “de flanqueo” o *flank companies*, una ligera de escaramuzadores (*voltigeurs*) y otra de granaderos, totalizando unos 477 hombres, mandos incluidos. Aunque se dieron algunas excepciones de regimientos de dos batallones que, finalmente, daban lugar a un nuevo regimiento. Entre las dos compañías “de élite” o *flank companies* de todo batallón, los granaderos, ataviados con su famoso morrión de piel de oso componían una de ellas. Aunque los granaderos habían vivido su más gloriosa etapa en el siglo XVII, en el XVIII eran sinónimo de tropa selecta y aún habrían de alcanzar su mayor fama con la guardia imperial de Napoleón Bonaparte.

Estas tropas conformaban la guarnición de 5.382 hombres que custodiaban la plaza de Gibraltar al romperse las hostilidades el 21 de junio de 1779. La base británica llevaba 75 años en poder de Inglaterra y se mantenía en permanente estado de alerta. Aunque en las primeras décadas sus responsables apenas si se habían preocupado de la actualización de su sistema fortificado, desde mediados de siglo resultaba inexpugnable. La conjunción de la tarea de ingenieros y artilleros la habían preparado para superar la exigente prueba de fuego del Gran Asedio. Se realizaban tareas periódicas para allanar las dunas del istmo y se trabajaba en profundizar la laguna como tarea preventiva imprescindible. También era norma que, en todo momento, cada cañón de la plaza estuviese preparado para hacer fuego. De esta manera, cuando se declaró la guerra quedaba poco que improvisar más allá del refuerzo de las empalizadas que cerraban el acceso terrestre hacia Puerta de Tierra. Otras actuaciones inmediatas eran la expulsión del Peñón de los españoles que pudiesen encontrarse en su territorio, el abandono del fondeadero del Muelle Viejo por parte de sus embarcaciones, el refuerzo con fajinas, toneles y sacos terreros de los merlones de las baterías de la plaza y el redoble de centinelas y patrullas. Asimismo y, mientras seguía siendo posible, se mantenía la vigilancia desde el puesto avanzado de la Torre del Diablo y la explotación de las huertas situadas al norte de la laguna, fuente de frutas y hortalizas frescas para la plaza.

Cuando el comandante general del Campo, Álvarez de Sotomayor, formalizó el asedio de Gibraltar, componían la guarnición de la plaza ocho regimientos de infantería, sin caballería alguna por razones obvias. Ninguno de esos regimientos se encontraba entre los denominados “reales” y “viejos”, que eran los de más prestigio y solera del ejército británico, que sí combatían por aquellas fechas en Norteamérica, como el 5º (después *Royal Regiment of Fusiliers*), el 10º (más tarde llamado *Suffolk Regiment* y *Royal Anglian Regiment*) o el 21º (*Royal North-British Fusileers*).

Un siglo largo después, el general G. S. White, Gobernador y Comandante en jefe de la plaza, expuso que “en Gibraltar, la Artillería es la principal arma defensiva y la Infantería debe considerarse como subsidiaria de aquella”, por lo que habrían de resultar esenciales las seis compañías de artillería también presentes en la plaza. Totalizaban 485 artilleros, dirigidos por el coronel Godwin, comandante de artillería, que pronto contó con 180 nuevos soldados que fueron transferidos de otras unidades para su adiestramiento como servidores de las piezas. También desempeñó un papel esencial la nueva *Company of Artificers*, la unidad compuesta inicialmente por civiles especializados en las tareas propias de los ingenieros, enrolados ahora en el Ejército

y puestos bajo el mando de oficiales de ese Cuerpo. Fue creada en Gibraltar en 1772 por el ingeniero jefe coronel William Green y supuso el origen de los *Royal Engineers*. Su número superó los dos centenares de hombres durante el Gran Asedio, siendo el más conocido el sargento mayor Ince, autor de las famosas galerías del frente norte.

Esos regimientos de infantería presentes al comienzo del asedio eran ingleses y alemanes, reforzados durante su curso por otros varios, entre ellos dos escoceses. Los ingleses eran los regimientos de infantería de línea número 121, 599 efectivos mandados por el teniente coronel Triggs (fue denominado desde 1782 *The East Suffolk*); el 391, con 586 hombres entre tropa y oficiales, del mayor general Boyd (denominado a partir de 1782 *The East Middlesex*); el 561 del mayor Fancourt, con 587 hombres y llamado después *The West Essex*; los 605 efectivos del 581 del teniente coronel Cochcrane (llamado en adelante *The Rutlandshire*); finalmente, los 1.046 hombres del teniente coronel Gledstanes del 721 o *Royal Manchester Volunteers* (disuelto tras la guerra).

Los alemanes eran los 452 hannoverianos del teniente coronel Hugo que formaban el 61 de Hardenberg (llamado *Sydows* desde 1782); los 444 hombres del 31 de *Reden*, del teniente coronel Dachanhausen y los 456 del 51 de *La Motte*, comandados por el teniente coronel Schippergill. Mandaba la brigada hannoveriana el mayor general De la Motte, cuyos regimientos mantuvieron la costumbre de denominarse con el nombre de su coronel, abandonada por las tropas propiamente británicas hacia 1740. Los regimientos hannoverianos solían constar de dos batallones, a diferencia de los ingleses y escoceses.

Durante el asedio se formaron la *Compañía Corsa de Voluntarios* y la *Brigada de Marina* del capitán Curtis, el jefe de las fuerzas navales del Peñón, organizada con los oficiales y marineros de los buques anclados en su puerto. También colaboraron en la defensa numerosas embarcaciones de la *Royal Navy* y otras muchas armadas en corso.

También en el transcurso de la guerra la guarnición se reforzó con los regimientos ingleses de infantería número 971, llegado con la flota de Darby en abril de 1781 (también disuelto al finalizar la guerra), y número 591 (conocido después como *2nd Nottinghamshire*), que desembarcó en el Peñón en octubre de 1782, adonde llegó con el convoy de Howe. Igualmente, se vio reforzada con los escoceses de infantería número 251 (el 25th *Sussex Regiment of Foot*, conocido desde 1805 como *The King=s Own Scottish Borderers*) y el 21 batallón del 731 Regimiento de Infantería Ligera Escocesa o *Lord=s McLeod=s Highlanders Regt*. Esta unidad había arribado al Peñón en enero de 1780 con la flota de Rodney, habiendo tenido que combatir a bordo como infantería de marina en la batalla del Cabo de San Vicente, denominada por la historiografía inglesa como *Battle of Cape Santa Maria* o *Moonlight Battle* el 16 de ese mes, cuando la flota de Juan de Lángara resultó derrotada por la enemiga.

La guarnición se encontraba al mando del general y gobernador militar de la plaza G. Augusto Elliott, que afrontó decidida y eficazmente las numerosas dificultades que se presentaron durante el asedio. Era vicegobernador el teniente general R. Boyd.

Uniformes de la infantería inglesa del ejército británico

La casaca estándar del ejército británico, característica de la famosa infantería británica, era de color rojo. Llevaba solapa ancha y vueltas del color distintivo de cada regimiento y calzón blanco por lo general. Sobre las medias blancas usaban polainas de color negro, generalmente altas, por debajo de la rodilla. Dichas polainas solían ser cortas para las unidades de infantería ligera y las destinadas en Gibraltar y Norteamérica.

Esa era la uniformidad generalizada entre las tropas de guarnición del Peñón. No obstante, pueden destacarse algunas peculiaridades de esas fuerzas, como que los escoceses que fueron allí destinados no usaron su famoso *kilt*. También que el uniforme de la nueva *Company of Artificers* rompía con la norma establecida desde la rigurosa reglamentación de 1768, que había hecho desaparecer los calzones rojos, unificado las polainas en color negro y establecido el blanco para las chupas de todos los regimientos. La recién creada unidad de ingenieros llevó originalmente casaca roja con hombreras y vivos amarillo-anaranjados y chupa blanca con el mismo galón en los bordes, pero sus calzones eran azules y llevaba pluma en el tricornio. Además, sus polainas negras eran altas, en contraste con el resto de la guarnición.

Según R. Chartrand, las casacas del 72º de infantería serían de color blanco con vueltas azules,¹⁴ mientras que S. Reid informa de la uniformidad también blanca del 25º Regimiento, que ya llevaba durante su destino en Menorca entre 1769 y 1775.¹⁵

Uniformes de la infantería alemana del ejército británico

Las tropas de Hannover, territorio original de la dinastía reinante en Gran Bretaña desde el acceso al trono de Jorge I en 1714, formaron parte del ejército británico de manera habitual durante el siglo XVIII y principios del XIX, hasta que la independencia del territorio en 1837 inició una separación política irreversible.

Estas unidades llevaban uniforme similar al de las inglesas, aunque su casaca tenía hombreras rojas y las inglesas no. También usaban como elemento distintivo en la prenda de cabeza un pompón de diferente color según el regimiento. Sus polainas eran blancas.

Los oficiales hannoverianos llevaban un característico fajín dorado.

¹⁴ R. Chartrand, *Gibraltar, 1779-83*, Osprey Publishing, Oxford, 2006, págs. 25 y 36.

¹⁵ S. Reid, *King George's Army, 1740-93 (1)*, Osprey Publishing, Oxford, 2005, pág. 40. Tb. R. Chartrand, *op. cit.*, págs. 25 y 36.



Figura 1.- La infantería británica se aproxima en formación al enemigo en la Guerra de Independencia de los EE.UU. Hasta la aparición de las armas automáticas, la evolución de masas compactas en el campo de batalla protagonizaron los combates en campo abierto en el mundo occidental.